

Sentido Nacional de la Cultura

LA cultura, cuando lleva como coraron la fe y está sujeta a la dureza de una disciplina, es buen camino de grandeza; pero cuando la cultura se desentiende de la fe y busca otros derroteros fríos sin sujeciones a la milicia, entonces la senda es una indolencia social, un aletargamiento que estaciona y declina los pueblos. Prueba esta severación el panorama cultural de España antes de la guerra, unos meses antes y unos años antes. Sin disciplina y sin fe dimos en las insensateces de las poesías con reflejo, con forma de jarrón chino—crucigramáticas—o de caballo verde corriendo por la montaña, en la deformación de la juventud, en el acomodamiento de la gente cómoda, en el trueque de la dureza esencial de nuestra raza por la frivolidad, bien vivir y bien caer del extranjerismo, del afrancesamiento aquí, en Cataluña, del anglicismo en el norte. Se torció la recta del españolismo—hace siglo y medio y ayer—porque, vivir a la francesa, dar de lado a ciertas exigencias merales típicas y eludir derechos raciales que podían llevar a la muerte, era más cómodo que ajustarse una mística de vergüenza nacional y una firmeza de tradición honesta, noble y sincero. Vivir a la española no era—ni es—como vivir a la francesa; ni vivir ni morir; porque el Alcázar de Toledo, Simancas y Santa María están sólo en España. De ahí arranca el torcimiento de la vida española, de buscar lo cómodo y desechar lo áspero. En las letras ocurrió tres cuartos de lo mismo. Ocurrió y sigue ocurriendo en parte todavía; sobre todo en esta región catalana que tanto queremos. La clase burguesa, la que más frecuenta las librerías y la que más libros adquiere conoce al detalle la producción de los Bering, Chesterton, Hamtsun, Joice, Maurois y sin embargo desconoce en su mayoría, las obras esenciales de la literatura española, estando en tantos tan sólo de la pluma de Azorín, Ors, y otros estimables escritores que no alcanzan el rango de los escritores del XVI, XVII y aún del XIX. Eso por una parte, por otra están los escritores que creyeron—y algunos siguen creyendo—adquirir una cultura española aprendiendo el francés o el inglés sin comprender que lo primero que hay que aprender es el castellano, empresa hábil difícil e imposible de rematar aunque uno vivo más años que Matusalen. Los escritores de hoy no sabemos castellano—honrosas excepciones existen y la mayoría tratan de convencerse de que para retener entre líneas las ideas bastan dos mil palabras. La busca y captura de ese convencimiento falso estriba en que es más difícil enriquecer el léxico y saber gramática que soltar los pensamientos que, como racionales que somos, nos corresponde llevar en magín, aunque no sean muchos. No es ni más ni menos que desaliento ante una tarea inacabable, desaliento y deseos o necesidad de cubrir gastos y ganar dinero. No es lo mismo escribir un libro de prosa honrada que un guión cinematográfico de los que, para tortura nuestra y perjuicio del cine nacional, hacen decir con demasiada frecuencia a los personajes de la pantalla más incongruencias que clérigos tuvo Sevilla en el siglo XVI.

El extravío intelectual de la República nos llevó a un desequilibrio moral que llevaba camino de acabar con España si España no hubiera acabado con el, pero que—no se nos olvida—nos costó un millón de muertos. Por eso, por su importancia trascendental, abordamos

este aspecto de la vida nacional, y señalamos la necesidad de que la cultura de la España recobrada, además de la condición precisa de nacionalismo implacable, reune las otras dos condiciones de fe y de disciplina, porque sin fe y sin disciplina nada grande puede alcanzarse y conservarse.

M. V. J.

Comunidad Nacional en la expresión moderna del Estado

PARACE hallarse definitivamente establecido para el correcto entendimiento de la vía pública de nuestro tiempo que las entidades «Nación» y «Estado» forman cada vez una organización más homogénea y relacionada, hasta el punto de que la moderna tendencia política dirige derechamente su esfuerzo a fundir en una sola la doble personalidad tradicional. En efecto, el substratum nacional en que se basamenta toda posible acción del Estado, ya no constituye para nosotros un simple sostén, una condición de vida como lo fué hasta hace muy poco tiempo, mientras se creyó que el Estado había forzosamente de asentarse sobre una realidad geográfica y humana por él representada. Evidentemente que todo Estado se supone constituido por una agrupación de hombres que habiten un determinado territorio, pero ahora ya no se le puede considerar como mera representación de los hombres y de la geografía, que por lo demás pueden estar sujetos a diversas vicisitudes sin menoscabo de la existencia esencial del Estado, sino que éste es entidad directora de aquellas circunstancias humanas y físicas de las que él es precisamente núcleo y actividad ordenada.

Está fuera de toda duda que al Estado lo que le da vitalidad es el deseo voluntario de los hombres de erigirlo, de constituirse ellos mismos en agrupación jurídica sujeta a la multitud de hechos que caracterizan la presencia del Estado, pero éste no nace nunca de la simple aglutinación de hombres sobre un terreno, como lo prueba suficientemente la existencia de numerosas poblaciones que habitan un terreno no sujeto a dominio, y que, sin embargo, no llegan a formar Estado por ausencia de aquella coincidencia de voluntades que se sujetan decisivamente a un destino común y a la obediencia para los actos y leyes que a él la conducen. El elemento determinante, pues, de la existencia del Estado, es ese deseo de comunidad solidaria en días prósperos y adversos, en desventuras y dichas, gozadas o traspuestas por el esfuerzo común. De esta nación esquemática del Estado en su pureza nace la necesaria confusión entre este y la Nación, puesto que el Estado no es sino la actividad, la dirección de la difusa labor nacional ejercida en el sentido de su destino.

La vieja concepción del Estado como representante de la Nación exigía a su vez la existencia de enlaces que llevara la presencia de fracciones populares, arbitrariamente construídas, al seno mismo del Estado. En nuestro tiempo, este no precisa de semejantes portavoces, porque una larga y desdichada experiencia política evidencia que estos representan-

QUIEN quiera ver claro en el panorama de la vida de una nación debe huir de fijarse excesivamente en aquellas cosas formales y externas que nos ofrecen datos incontrovertibles y que al ser aceptados como tales engendran los peores y más lamentables errores. Ocorre igual que con los árboles del lindero queándonos una impresión real y cierta—en cuanto a su

tes de grupos sin perfil definido, de masas heterogéneas con muy diversas ambiciones y de medios de vida muy distintos, no constituyen en definitiva ninguna representación, incapaces como son de transportar la diversidad de pensamientos, de anhelos y de necesidades de los grupos que los eligieron. El antiguo diputado desconocía la exactitud interior de la masa que decía representar, porque su pretendida diputación le venía de grupos anónimos compuestos de hombres de muy desigual condición. En cambio la moderna estructura política se establece sobre cauces radicalmente distintos. En primer lugar, no se trata de representar a fracciones de nación, porque tal necesidad, y aún mejor porque de ello tiene una visión global, la cubre el Estado mismo. En segundo, el procurador de hoy no aportará una confusa mezcla de opiniones compartimentadas por provincias, sino que ejercerá personalmente la presencia de grupos perfectamente definidas de productores, de universitarios, de profesionales diversos y de provincias. Así se consigue conocer minuciosamente, por vía directa, la necesidad de las grandes divisiones naturales del pueblo. En efecto, puede suponerse que cualquier profesión soporta iguales problemas de clase en todo el ámbito de España, que los obreros metalúrgicos, por ejemplo, tienen una cualidad específica en sus ambiciones que les hace coincidir en su totalidad. No sucede lo mismo, en cambio, con la antigua división en circunscripciones. Ya decía José Antonio que todo el mundo se halla agrupado naturalmente en gremios y familias, mientras que nadie nace ligado estrechamente a un municipio si no es por vínculos meramente sentimentales. Un sólo procurador de hoy conoce exactamente la inmensa masa que de él ha salido, como uno de los procedentes de su cargo de alcalde conoce la vida de su Ayuntamiento y un sólo representante provincial basta para transportar al Estado el problema típico de su provincia.

Las Cortes que se van a reunir próximamente constituyen, por su organización, la realidad nacional en sus más minúsculas expresiones y demuestran claramente como la organización política de nuestro tiempo no quiere establecer distinción de ámbito entre el Estado y la Nación, sino que ésta, fundida, unida en sus peculiares problemas y expresada en la acción común del Estado, constituye hoy un sólo individuo que alcanza en la expresión jurídica del Estado su máxima eficacia para la satisfacción de sus necesidades interiores y para la afirmación de su personalidad frente al mundo.

LUIS FUENTES DE ALBORNOZ

existencia, forma y colorido—nos llevan al yerro de negar el bosque por no verle.

La realidad discurre a veces de manera subterránea, disimulada o enmascarada igual que el pantano cenegoso se oculta con la ufanía de plantas múltiples, que, mojando y alimentando sus raíces en los fondos ocultos, ofrecen por arriba aspectos y colores de vegetal de tierra firme.

Quien quiera discurrir por senderos políticos—y peor para el que no quiera pues su devenir le afectará sin su participación—necesita poseer cumplida carta para eludir los múltiples accidentes que le acechan.

Entre ellos poco importa al asalto homicida del enemigo irreconciliable, conocido y valorado, pero encierra mortal peligro el que sin ser enemigo atrae por su aspecto y merece respeto por sus dotes aunque le sepamos poco identificado a pesar de sus esfuerzos—aparentes o reales—y a pesar de adivinar o presentir sus tendencias al difumino, a la desviación o a la sustitución habilidosa.

Llevados por una errónea política de captación, de escuchar palabras amables, de hacerse simpático, se corre el peligro de hundirse dulcemente en los pantanos engañosos que significan el aniquilamiento; pues es peor que la muerte airada la anulación y la impotencia de uno alcanzadas por caminos pacíficos, suntuosos y a veces hasta amables. Crítica y alerta, estas, que no parten de un mezquino espíritu de clase ni mucho menos de un sectarismo de personas o actitudes que encubren así su propia insuficiencia, sino del conocimiento cierto de un peligro mortal aunque solapado, de un peligro existente que tiene preparados sus mortajas pantanosas, su flora halagadora, sus falsas indicaciones y guías para caminantes ingenuos, y que espera, sonrisa y amabilidad en ristre, el momento de recortar, de desorientar, de captar, de escamotear en fin, abriendo para ello sinceros brazos llenos de comodidad y bienandanza a los que fueron y a los que son, pero en especial nutriéndose de la masa inmensa que ni fueron, son, ni serán.

Para ello usan atractivos y poderosos espejuelos. La paz para el que lucha. El perdón para el que pena. La ganancia para el que comercia. La hegemonía para el ambicioso. La justicia para el descontento. El retorno para el que fué. Lo trillado para el cómodo. La venganza para el agraviado, y así ante cada voluntad el aliciente tentador.

Una vez quebrantada la firmeza volitiva de unos y otros queda apantanaada la conciencia colectiva pudiendo en cualquier momento desaparecer nosotros y los restos enemigos porque nada nos—y les—quedaría sobre que apoyarnos y nada más fácil que levantar sobre tan tremenda actitud negativa cualquier construcción. Tendría como pilares algo tan definitivo como el desaliento de una generación y la estulticia cobarde de la anterior y como materiales los que suministrarían, gozosas, varias potencias extranjeras.

JOSE M.º FONTANA

JOVEN, SE OFRECE

para llenar recibos, papeletas, de Hermandades o Sociedades, o bien trabajos manuales para hacer en casa.

Razón: Imprenta de este periódico